

REFLEXIONES EN TORNO A LA FRONTERA NORTE DE MÉXICO

*C*omo muchas delimitaciones fronterizas del mundo del subdesarrollo, la del norte de nuestro país tiene su origen en una guerra de conquista territorial. La firma del tratado de Guadalupe-Hidalgo "legalizó" una guerra de conquista y estableció una frontera entre México y Estados Unidos, que sería modificada, una vez más, en favor de este país con la venta de La Mesilla por Santa Anna en 1853. La convivencia con el vecino del norte ha sido, en muchas ocasiones, traumática para nuestro país, y sólo las relaciones basadas en el mutuo beneficio y el principio de autodeterminación hará obsoleta la frontera entre ambos países.

FOTOGRAFÍAS: ROCÍO HERNÁNDEZ CASTRO



ALGUNOS ANTECEDENTES Y PRECISIONES

La frontera norte de México debe sus actuales límites a un factor exógeno que determinó y condicionó una buena parte de sus características. Este factor fue el arrollador proceso de expansión económico-territorial a costa del viejo imperio español, los pueblos indios y la naciente República de México.

De esta manera, la delimitación fronteriza del norte de nuestro país tiene su origen, como muchas fronteras internacionales del mundo del subdesarrollo, en una guerra de conquista territorial que expande las fronteras estadounidenses hasta la ansiada trascontinentalidad que los "padres fundadores" habían buscado afanosamente, imbuidos de "destinos manifiestos" y "misiones providenciales" que hasta el día de hoy parecen no haber abandonado sus gobernantes.

El tratado de Guadalupe-Hidalgo, expresión documental de la derrota bélica mexicana, "legalización" de una guerra de conquista, estableció una frontera entre México y Estados Unidos que sería una vez más modificada en favor de ese país con la venta del territorio de La Mesilla, por Santa Anna, en 1853, y con cambios menores por los caprichos del río Bravo.

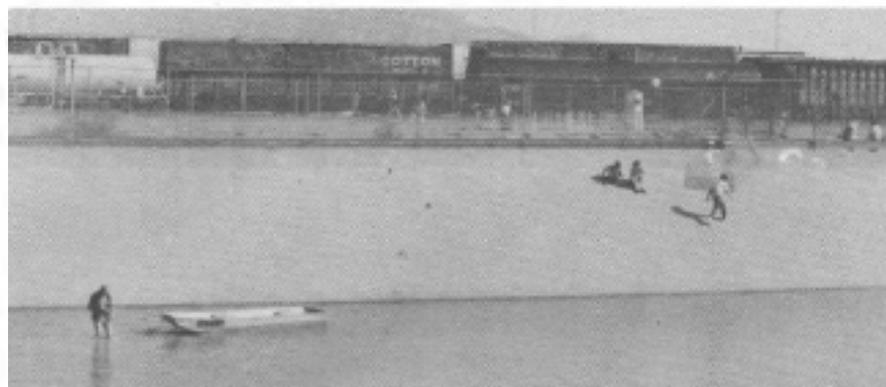
La firma de este tratado no significó para México el cese de las agresiones ni el respeto a su soberanía: durante la segunda mitad del siglo XIX la región fron-



teriza fue víctima constante de incursiones filibusteras, robo de ganado, invasión de fuerzas militares y policíacas estatales y federales, así como ataques permanentes de grupos indígenas fomentados por Estados Unidos.

Asimismo, durante el porfiriato, compañías y ciudadanos estadounidenses empiezan a posesionarse de tierras a través de contratos de colonización, concesiones para la construcción de vías ferroviarias, la explotación de minas, y a participar en el control de múltiples actividades económicas, sobre todo en los estados fronterizos norteros, en los cuales radicaba, en 1910, el 72% de los norteamericanos residentes en México (ver Alicia Castellanos, *Ciudad Juárez: la vida fronteriza*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1981).

Paralelamente, y a partir del fin de la guerra entre México y Estados Unidos, en los territorios conquistados se inicia un proceso de despojo de las tierras, ranchos ganaderos y ovejeros, así como otras propiedades de los mexicanos que supuestamente estaban protegidos por



el tratado de Guadalupe-Hidalgo, así como su desplazamiento del control de todas las actividades económicas y de las posiciones políticas y sociales de alguna importancia, siendo reducidos al papel de una mano de obra explotada y discriminada. Los mexicanos, tanto los que permanecieron en los territorios perdidos como los que comenzaron a llegar a partir del descubrimiento del oro en California y el inicio del desarrollo capitalista de la minería, la ganadería y la agricultura, constituyeron la fuerza de trabajo más importante que explica, en parte, el dinamismo de ese desarrollo (ver Gilberto López y Rivas, *La Guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1982).

Trabajadores mexicanos en las últimas tres décadas del siglo XIX construyeron toda la red ferroviaria del suroeste de Estados Unidos, y a partir de 1900 comenzaron a llegar en grandes cantidades a trabajar en la agricultura intensiva irrigada de Arizona, Nuevo México, Texas y el sur de California. Manos mexicanas limpiaron de mesquites y roturaron las tierras de las regiones fronterizas estadounidenses, constituyéndose hacia la Primera Guerra Mundial en la base laboral de los florecientes emporios agrícolas de esos estados, así como la fuerza de trabajo más importante en un sinnúmero de proyectos de irrigación, explotación minera, carreteras y trabajos de construcción de las ciudades del suroeste (ver Mark Reisler, *By the sweat of their brow: Mexican immigrant labor in the United States*, Westport, Greenwood Press, 1977).

La naturaleza misma de la región,

con población mexicana en ambos lados de la frontera, cubriendo un extenso territorio y una línea de demarcación de más de 3 300 kilómetros, penetrada por caminos de migración transitados desde los tiempos coloniales, con un flujo ininterrumpido de trabajadores, con marcadas diferencias y similitudes culturales y étnicas, toda esta trama compleja de relaciones en la que se van tejiendo agravios, despojos, linchamientos, agresiones, influencias mutuas, intercambios, prejuicios, mitos, encuentros y desencuentros entre poblaciones con diferenciadas posiciones económicas y sociales, va dando una connotación peculiar a esta de por sí singular frontera internacional. Una frontera que marca, en el nivel nacional, la diferencia entre desarrollo y subdesarrollo, entre la fuerza y la debilidad, entre la prepotencia y la rabia contenida, entre el imperio y la colonia y la que, no obstante, como señala Jorge A. Bustamente, hay que observar en su porosidad, en "su permeabilidad y su dinámica al sur y al norte de la misma" (*México-Estados Unidos: Bibliografía general sobre estudios fronterizos*, México, El Colegio de México, 1980, p. XX).

De esta manera, la región fronteriza del norte de México se vinculó estrechamente con el desarrollo y la expansión capitalista del país vecino, el cual determinó en gran parte las características de su propio desarrollo.

LA NATURALEZA DE LAS RELACIONES MÉXICO-ESTADOS UNIDOS

No es posible entender los problemas más acuciantes de la región fronteriza del norte de nuestro país, sin precisar la naturaleza de las relaciones entre México y Estados Unidos. Hace diez años, Carlos Rico advertía con notable sagacidad sobre la utilización retórica del concepto de "interdependencia" por parte de analistas y políticos con la pretensión de negar la existencia de contradic-





ciones y conflictos entre los distintos componentes del sistema capitalista y encubrir por medio de este concepto las relaciones de subordinación y dependencia estructural entre los mismos. Rico identifica dos objetivos básicos en el uso retórico del concepto de interdependencia:

En primer lugar, combatir las tendencias aislacionistas y proteccionistas subrayando: 1) que la continuación de la presencia norteamericana en el resto del mundo es ineludible ya que Estados Unidos también "depende" no solamente de las fuentes de abastecimiento y materias primas extranjeras sino de la "salud" del conjunto de la economía internacional; y 2) que es el libre flujo de las mercancías y los factores de la producción el mejor camino para lograr el mayor grado posible de eficiencia y bienestar para los diversos participantes en la economía internacional [Carlos Rico, "La frontera mexicano-norteamericana, la retórica de la 'interdependencia' y el problema de las asimetrías", en Roque González Salazar (compilador) *La frontera del norte: integración y desarrollo*].

Como podemos observar, estos ar-

gumentos son, precisamente, los que han utilizado los negociadores del Tratado de Libre Comercio para intentar convencer de las bondades de la actual apertura en todos los órdenes de la economía mexicana.

Sin embargo, no encontramos esa "complementariedad" de las economías entre los dos países separados por la frontera norte, ni son evidentes los "beneficios mutuos" que resultan de su interacción, dada la asimetría de la misma. Contrariamente a las perspectivas de la "interdependencia" en boga, defendidas con denuedo por el grupo salinista, consideramos que la relación entre México y Estados Unidos, y entre ambos lados de la frontera, se caracteriza por una dependencia estructural que se expresa, fundamentalmente, en la presencia y concentración del capital extranjero en los sectores más dinámicos de nuestra economía; en el elevado endeudamiento externo; en el financiamiento, principalmente norteamericano, para orientar nuestra economía hacia el actual modelo de desarrollo neoliberal; en el comercio exterior, principalmente, con Estados Unidos y basado en la exporta-

ción de materias primas y en la importación de productos manufacturados; en la pérdida de nuestra autosuficiencia alimentaria; en la virtual penetración del capital extranjero en el control de áreas estratégicas, como los energéticos; en la monopolización y centralización en el funcionamiento mismo de la economía que intensifican el predominio de la gran empresa extranjera en los sectores productivos fundamentales.

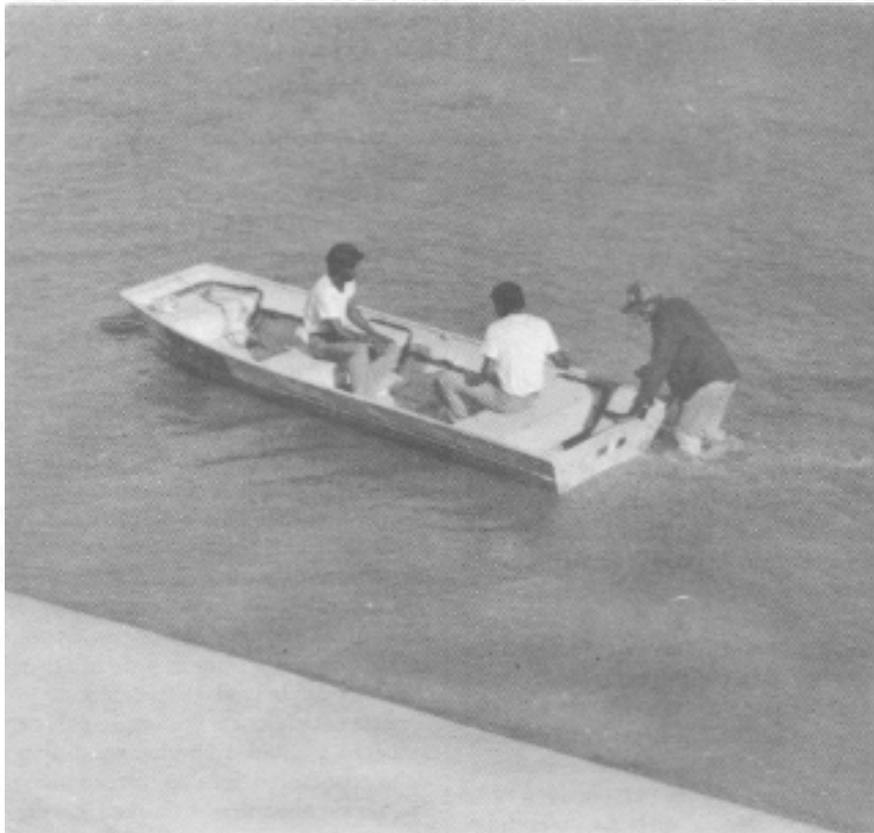
Esta dependencia estructural se profundizará, sin duda, con la firma y ratificación del Tratado de Libre Comercio. El TLC es en realidad un proceso de integración económica y política de México a Estados Unidos en condiciones desfavorables para nuestro país y a partir de la existencia de mecanismos y estructuras de saqueo de nuestros recursos naturales, de empobrecimiento de las grandes mayorías nacionales, de concentración de la riqueza y de la virtual indefensión de la clase trabajadora.

Esta dependencia de nuestro país con respecto a Estados Unidos en el plano de lo económico tiene su correspondencia, no sin encontrar dificultades y provocar enconados conflictos, en los terrenos culturales e ideológicos, en los estilos de vida, las aspiraciones, las actitudes, los patrones de consumo, la socialización y los medios educativos, en los instrumentos de formación o deformación cultural, en todo aquello que provocó que Carlos Monsiváis identificara a esa "primera generación de norteamericanos, nacidos en México".

CARACTERÍSTICAS DE LA FRONTERA NORTE

La región fronteriza se ha caracterizado en las últimas décadas por un continuo crecimiento demográfico; por una migración sostenida hacia sus entidades proveniente de otras regiones del país y de Centroamérica, y, en consecuencia, la disponibilidad de una abundante mano de obra; una estructura urbana altamente terciarizada; la escasa industrialización nacional y, en cambio, la creciente





lidad familiar. Mónica Claire Gambrill, a través de una encuesta aplicada en Tijuana, señala en cuanto a la utilización de mano de obra femenina por parte de las maquiladoras, lo siguiente:

... en las ciudades o regiones que dependen de la industria de la maquila, en vez de mantener a las mujeres y jóvenes en reserva, para presionar sobre el nivel salarial de una fuerza de trabajo predominantemente masculina, tenemos la situación contraria: de que se emplean con preferencia a las mujeres y a los jóvenes, especialmente mujeres jóvenes, con una serie de repercusiones adicionales a la que siempre se ha buscado, i.e. de bajar salarios. Nuestra hipótesis general es que, por su posición actual débil o complementaria a la de los hombres (sin mencionar su status de extranjera o de minoría étnica que guardan con respecto a la empresa matriz norteamericana) las mujeres jóvenes han interiorizado la imagen devaluada que la sociedad o la empresa tiene de ellas. Por lo tanto, están dispuestas a trabajar por todavía menos remuneración que los hombres, y a sujetarse a trabajos más aburridos que implican una explotación más intensa. ("Composición y conciencia de la fuerza de trabajo en las maquiladoras: resultados de una encuesta y algunas hipótesis interpretativas", en Roque González Salazar, *La frontera del norte*, op. cit., pp. 114-115).

concentración de plantas maquiladoras o ensambladoras norteamericanas en las ciudades de la frontera norte.

A finales de los años sesenta se establecieron las primeras maquiladoras, el Programa Nacional Fronterizo dio toda clase de facilidades a las empresas extranjeras en cuanto a pago de derechos, maquinarias y equipos, y contando en esos años con una mano de obra no sólo abundante sino desorganizada, sin experiencia de lucha sindical, y más barata que en Hong Kong, Singapur y las zonas libres de otros países (ver "La industria maquiladora y el desarrollo de la frontera norte de México", en *Fronteras en Iberoamérica ayer y hoy*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1990).

Las maquiladoras utilizaron en su mayor parte fuerza de trabajo femenina, mayoritariamente jóvenes, por el beneficio que representaba la explotación adicional que el capital hace del género y la edad, como también lo hace de las diferencias étnicas y nacionales, produciendo con ello cambios y desajustes notorios en la integración y en la estabi-

En años recientes se están dando cambios por parte de las empresas en cuanto al empleo mayoritario de la mano de obra femenina, con una tendencia inversa que está desplazando a las mujeres del mercado de trabajo, lo que de acuerdo a Rocío Barajas "puede convertirse en un problema de importantes repercusiones en las ciudades fronterizas de mayor concentración de esta actividad" ("Hacia un cambio estructural en la industria maquiladora de exportación en México", en *Frontera Norte*, vol. 1, enero-junio de 1989).

Asimismo, se han dado transformaciones en cuanto al

aumento drástico en el tamaño de las plantas; la concentración de éstas en manos de unas cuantas transnacionales; la utilización de la tecnología más avanzada; la tendencia a trasladar fases más largas del proceso productivo y la fuerza creciente del capital japonés. Y aunque dichos cambios se concentren en grupo de no más de



300 establecimientos, son éstos los que determinan la dinámica de toda la industria y, crecientemente, la dinámica de todo el territorio fronterizo (Alejandra Salas-Porras Soule, *Nuestra frontera norte*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1989).

La existencia de las maquiladoras a lo largo de la frontera no ha traído los beneficios que sus promotores esperaban: no han resuelto el problema del desempleo, han agravado la concentración urbana de población de dentro y fuera del estado, su permanencia es inestable y depende en sus decisiones tomadas en las centrales estadounidenses: "todo —señala Antonio González de León— el número de plantas, su volumen de producción, sus modalidades de operación y hasta su política laboral, está subordinado a resoluciones que se adoptan en los Estados Unidos" ("Factores de tensión internacional en la frontera", en *La frontera del norte*, op. cit., p. 16). Si añadimos a esto que la gran mayoría de los ingresos de las plantas ensambladoras se reciclan no en México sino en su país de origen, que la política fiscal del gobierno ha otorgado todos los privilegios a estas compañías, que por esta vía el país no tiene acceso efectivo a una alta tecnología, y que la fuerza de trabajo durante estos últimos años ha mostrado una militancia en formación que sin duda seguirá obligando a que las compañías golondrinas vuelen a regiones más hospitalarias para el capital, podemos concluir que el programa de maquiladoras no ha traído un beneficio real para el país y para la clase trabajadora, y por el contrario, sólo ha servido para crear una mayor dependencia de México hacia Estados Unidos.

Otro elemento que es importante destacar en la caracterización de la frontera norte es el papel que juega la mano de obra mexicana como ejército de reserva de la economía norteamericana. De manera legal o sin documentos, miles de habitantes fronterizos se desplazan a Estados Unidos a desempeñar trabajos, en su mayoría, de un *status* subalterno aún dentro de las clases trabajadoras de ese país. Alicia Castellanos, en su investigación sobre Ciudad Juárez, señala la recurrencia y la temporalidad con la que los trabajadores de la frontera son

empleados en las épocas de expansión económica y expulsados en los periodos de crisis. Asimismo, los trabajadores con permiso de trabajo se concentran en empleos no especializados en los sectores agrícolas, manufactureros y de servicios, principalmente, devengando salarios más bajos que el otorgado a ciudadanos norteamericanos.

La gravedad de la crisis por la que atraviesa Estados Unidos ha provocado una profundización de las prácticas racistas contra los trabajadores mexicanos con y sin documentos. En particular, organizaciones ultraderechistas se han organizado militarmente para evitar el cruce fronterizo de los mexicanos, incurriendo en ataques indiscriminados, emboscadas y hostigamientos, sin que las autoridades estadounidenses actúen de manera efectiva para detener a estos delincuentes.

En la misma dirección, la Patrulla Fronteriza ha incurrido en innumerables ocasiones en graves violaciones que van desde el asesinato artero de indocumentados, la violación de mujeres mexicanas, hasta el permanente trato discriminatorio, físico y verbal, en contra



de ciudadanos mexicanos. De acuerdo al American Friends Service Committee, en su informe de 1990, se han registrado 380 casos de violaciones a los derechos civiles y humanos por las autoridades de inmigración en tan sólo cinco puntos de la franja fronteriza y durante el periodo del 5 de mayo de 1988 al 4 de mayo de 1989; en ningún caso los responsables fueron procesados y consignados por los crímenes cometidos, siguiendo la tradición del racismo institucional establecido desde el siglo XIX en contra de los mexicanos.

Por otra parte, Juan Manuel Sandoval ha destacado la importancia que ha adquirido la región fronteriza para Estados Unidos desde la perspectiva de sus políticas de seguridad nacional, tratando de lograr no sólo el control económico, sino sobre todo geopolítico y militar. En la frontera —según este planteamiento— se localizan del lado estadounidense, una de las regiones industriales más importantes del país, sobre todo en lo que se refiere a las industrias del complejo militar, así como grandes yacimientos petrolíferos y de minerales estratégicos. Además, señala Sandoval: "Las costas del Pacífico y las

del Golfo de México, muy cerca de nuestra frontera terrestre y marítima, son el hogar de más actividades de inteligencia y de instalaciones militares que cualquier otra región de Estados Unidos" ("La frontera México-Estados Unidos en la perspectiva de la seguridad binacional", en *Las fronteras nacionales en el umbral de dos siglos*, México, INAH-SEP, en prensa). Por su parte, el lado mexicano contiene múltiples intereses económicos de Estados Unidos, así como uranio y otros minerales estratégicos. Por la frontera, México surte de petróleo y gas a las reservas estratégicas del complejo militar industrial estadounidense, como ocurrió, en un volumen mayor, durante la guerra de agresión de Estados Unidos contra Irak. Por estas razones y en el contexto de los planes norteamericanos por restaurar su hegemonía a nivel mundial, ese país busca institucionalizar el control económico y militar de la frontera a través del cuestionable concepto de "seguridad binacional" y sus planes —llevados en parte a la práctica— de militarizar la frontera con base en la falsa premisa de relacionar indocumentados, narcotráfico y terrorismo.



LA CULTURA DE LA FRONTERA NORTE

Mucho se ha discutido en torno a la influencia norteamericana en la cultura de la frontera norte, desde que en 1981, en un trabajo sobre ese tema, planteamos, a partir de una encuesta aplicada en Tijuana y Ciudad Juárez, tomando al puerto de Veracruz como ciudad de con-



trol comparativo de nuestros datos, que esta influencia se dejaba sentir sobre todo en los modos de vida, en las costumbres y en el idioma. Tomamos a los maestros de escuela primaria como la población entrevistada porque consideramos que este sector, a su vez, socializaba y transmitía su visión del mundo y de la cultura a las nuevas generaciones. Se elaboró, además, una cédula de información general para cada una de las ciudades bajo estudio, con objeto de investigar la presencia de la cultura norteamericana en los medios de comunicación masiva y en la

actividad cultural existente. Resumiendo la información recabada destacaremos que en las tres ciudades estudiadas, la influencia de la cultura norteamericana se dejaba sentir en muchos de los indicadores que utilizamos en nuestra muestra, presentando características peculiares en la frontera norte, dada la proximidad territorial con Estados Unidos y la interacción permanente entre las poblaciones de ambos lados de la frontera.

Las relaciones laborales entre el trabajador fronterizo..., el indocumentado, el obrero de las maquiladoras y las empresas norteamericanas de ambos lados de la frontera, las relaciones comerciales, el turismo fronterizo, los espectáculos y diversiones públicas, las relaciones familiares entre chicanos y mexicanos, la transmisión directa de los medios de comunicación masiva, las instituciones educativas de Estados Unidos a las cuales asisten diariamente niños y jóvenes mexicanos, son algunas de las formas de interacción social peculiares a la vida fronteriza, a través de las cuales se transmite la cultura norteamericana en la frontera norte de México. No obstante, la

realidad de la frontera es compleja y dialéctica. La presencia de la cultura norteamericana y la intensa interacción entre ambas poblaciones de la frontera, no implica que todos los sectores de la población mexicana adopten los valores, las costumbres, las aspiraciones o los patrones de relaciones sociales norteamericanos (Alicia Castellanos Guerrero y Gilberto López y Rivas, "La influencia norteamericana en la cultura de la frontera norte de México", en *La frontera del norte*, op. cit., p. 71.)

Jorge A. Bustamante ha reiterado, por su parte, a partir de investigaciones llevadas a cabo por El Colegio de la Frontera Norte, que la aceptación de los valores tradicionales de la cultura mexicana es mayor en las ciudades fronterizas que en el interior del país y que el factor explicativo de las clases sociales en la aceptación o rechazo de esos valores tiene mayor incidencia que la lejanía o cercanía de la población con respecto a la frontera ("La aceptación de valores tradicionales es mayor en las ciudades norteadas", en *Cultura Norte*, año 2, vol. 1, núm. 6, agosto-octubre de 1988).

Es claro que, como señala Bustaman-

te, el contacto permanente del fronterizo con la "otredad" estadounidense, despierta en él en un grado mayor su identidad nacional, sobre todo entre las clases populares. Sin embargo, esta perspectiva no insiste lo suficiente en lo que tarde o temprano significará ese permanente bombardeo cultural e ideológico por parte de Estados Unidos sobre la población de nuestro país en general, y la de la frontera norte, en particular. Tenemos, por ejemplo, el caso de Puerto Rico o numerosos ejemplos en los que se sucumbió ante el acoso asimilacionista o integracionista. Por ello, consideramos que es necesario destacar en todo momento que la dependencia de nuestro país con respecto a Estados Unidos en el plano de lo económico tiene su correspondencia, no sin encontrar dificultades y provocar enconados conflictos, en los terrenos culturales e ideológicos, en los estilos de vida, las aspiraciones, las actitudes, los patrones de consumo, la socialización y los medios educativos, en los instrumentos de formación o deformación cultural, en todo aquello que provocó que Carlos Monsiváis identificara a esa "primera





generación de norteamericanos, nacidos en México”.

Esa generación pretende hoy en día, con base en el autoritarismo y la antidemocracia, imponernos una mentalidad que considere que sólo es posible el desarrollo y la estabilidad del país a través de una alianza incondicional con Estados Unidos; se trata de desnacionalizar la cultura de nuestra patria, mediatizar la cultura popular, creando un conglomerado amorfo, sin una clara conciencia de su experiencia histórica, de su identidad y de sus raíces y, sobre todo, incapaz de representar, expresar y defender los intereses nacionales.

En lugar de insistir en interpretaciones triunfalistas sobre el apego de una buena parte del pueblo a la idiosincrasia mexicana, deberíamos de tomar muy en cuenta las conclusiones a las que llegan Raúl Bejar y Héctor M. Cappello en su trabajo sobre la conciencia nacional en la frontera norte, en el que señalan que:

El desarrollo de nuestra identidad y carácter nacionales, tomados como un producto del Estado-nación que el sistema político ha conformado, se manifiesta bastante deprimido... Pensamos que esta

conclusión puede tener su origen en la consideración de que el ciudadano ha constatado, en sus experiencias cotidianas, que las instituciones nacionales no están constituidas realmente para su servicio, sino para el provecho de los que detentan el poder, en cualquiera de sus formas... Particularmente, las ciudades fronterizas muestran el peligro que entraña el dejarlas pasivamente a que sucumban ante la influencia de los Estados Unidos, como una faja dispuesta a sacrificarse al dominio de los mercados internacionales, a la violencia y al contrabando en gran escala (*La conciencia nacional en la frontera norte mexicana*, México, UNAM, 1988, p. 56).

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Hemos expuesto algunas reflexiones en torno a la frontera norte de México, destacando los elementos que la caracterizan desde su establecimiento como frontera internacional hasta nuestros días. Naturalmente, hemos discriminado los aspectos que nos parecen esenciales para comprender una situación compleja y contradictoria. La realidad fronteriza nos muestra el reto al que estamos expuestos cada vez más todos los mexicanos: sobrevivir y resistir con dignidad y soberanía. La vecindad con Estados Unidos ha sido difícil y en ocasiones traumática para nuestro país. Sólo las relaciones basadas en el mutuo beneficio y en la reciprocidad, en el respeto al derecho internacional y el principio de autodeterminación de los pueblos y las naciones, harán obsoletas las fronteras entre nuestros pueblos.